

LA CULTURA DE LA FRAGMENTACIÓN: DESAFÍOS Y TAREAS

Gerardo A. Cordero C.
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional, Costa Rica

Introducción

En el texto *Globalización: apremios educativos*¹, se hizo una reflexión en torno al fenómeno de la globalización. Se entendió el mismo como la manifestación e imposición de una nueva forma de ser del capitalismo de fin de siglo en un contexto internacional en el que las economías centralizadas o socialismo habían perdido vigencia. Se hizo referencia, también, al motor de este cambio de época representado en la Revolución Científico-Técnica gracias al fenómeno de la informatización de los procesos productivos y de la comunicación. Y, finalmente, se hicieron algunas señalizaciones de los efectos en los procesos educativos y escolares y algunas de las tareas que se debían poner en acción para establecer mecanismos de coherencia con la nueva etapa de la civilización humana. En el documento presente se amplía la información sobre algunos de los temas anteriores con el fin de precisar y contribuir el entendimiento de sus respectivos contenidos.

El fenómeno de la globalización tiene, en realidad, dos metas principales que, de una u otra forma, están planteando retos en todos los órdenes de la vida social nacional y mundial: la progresiva implantación de un mercado mundial y la emergencia de una cultura planetaria inédita. Este propósito pone de manifiesto un gravísimo peligro: el problema de ampliar más la exclusión económica, social y educativa de la población mundial. Desde una perspectiva cristiana, los desafíos para luchar por reducir la exclusión en los rubros indicados se torna de vital importancia. La educación católica tiene, por ende,

que asumir este desafío en el marco de las exigencias de nuestro momento histórico.

1. La implantación de un mercado mundial

La idea de convertir el planeta en un solo mercado tiene largos antecedentes. Con la venida de Cristóbal Colón a América a finales del siglo XV, se inició este proceso. A lo largo de los últimos 5 siglos, el mismo tuvo distintas manifestaciones parciales, por ejemplo, los sistemas de colonización de los países europeos en, prácticamente, todo el planeta. Con la aparición del capitalismo industrial, también esta tendencia sumó nuevas fuerzas y desarrolló innovadoras formas globalizadoras que no consiguieron materializarse por la estrechez de los intereses particulares de los diferentes centros de poder.

En una importante porción del siglo XX, el proceso tendió a escindirse en dos grandes bloques: el grupo de países de democracia liberal y el grupo de países de democracia centralizada. Esta oposición fue una fuerte resistencia a las tendencias globalizadoras. Sin embargo, con la desaparición del bloque de países de democracia centralizada, especialmente, la Unión Soviética, quedó allanado el camino para los países de democracia liberal y económica y tecnológicamente más avanzados, con los Estados Unidos a la cabeza.

Las diferentes crisis económicas que se sucedieron a partir de la década de los 70 fueron constituyéndose en el semillero para que los organismos financieros internacionales, auspiciados por los países altamente industrializados, tomaran la iniciativa de corregir los procesos económicos de los distintos países en un proyecto que se denominó "Programa de Ajuste Estructural", que se ha orientado por las políticas neoliberales: achicamiento del estado mediante la privatización de sus empresas y la movilización laboral, fortalecimiento de la idea del mercado como el eje central de la libre competencia, el progresivo debilitamiento de las barreras proteccionistas (mediante tratados de libre comercio), reconversión industrial, estimulación de la producción no tradicional. Si a estas iniciativas le sumamos, como se indicó, la pérdida de vigencia del bloque socialista de estado, el camino quedó libre para acelerar el proceso globalizador de las economías del planeta. El capitalismo de fin de siglo XX estaba a punto de coronar un largo proceso lleno de encrucijadas y trampas. Empero, la consecución de este proceso no está exenta de dificultades.

La implantación de un mercado mundial. En la década de los 90, se ha visto enfrentada con una serie de obstáculos, algunos simples, otros de un grado de complejidad mayor. La internacionalización de las economías implica que si un nódulo de esta red se debilita, todo el tejido económico eventualmente, tenderá

a colapsar². No otra situación es la que se vive actualmente con la crisis que se presentó originalmente en el sudeste asiático y que se ha ido extendiendo a Rusia, Japón, Brasil y que se evidencia con los resultados inciertos en el comportamiento cotidiano de las diferentes bolsas de valores más importantes del mundo. El presidente Clinton ha sido enfático en su reciente discurso en el foro anual del FMI y el Banco Mundial ante 182 mandatarios del planeta: se deben tomar, sin dilaciones, las medidas que se deben tomar; estamos en las puertas de una crisis de pronóstico reservado.

Añadió, además, que su país estaba dispuesto, y en esta proposición espera contar con un gran apoyo, para colaborar con Brasil en su crisis, pues, de no ser así, las derivaciones funestas en América Latina no se dejarían esperar. Se sobreentiende que estas medidas son inevitables y ajenas al clamor de las necesidades de cada población³. La salvación del mercado mundial, en consecuencia, es la máxima prioridad, todo lo demás es secundario. En el fondo este ha sido el mensaje del mandatario norteamericano. Otros economistas y estudiosos de los procesos económicos y sociales mundiales por otro lado han expresado su preocupación por cuanto no vislumbran una mejoría general sino una nueva recesión que puede enquistarse en la economía mundial por varios años, y que podría llegar a ser una depresión, semejante a los años 30 del siglo XX. Este punto de vista, sin embargo, no se espera que debilite la tendencia hacia el afianzamiento del mercado planetario, puesto que su viabilidad cuenta con la vigorosa decisión de los países altamente tecnologizados, bajo el liderazgo de los Estados Unidos.

En Costa Rica la tendencia neoliberal es clara. El proceso de concertación, que ha impulsado el actual gobierno y que ha contado con un gran apoyo de muchas instancias de la sociedad civil, tiende a cumplir con los acuerdos de las directrices neoliberales de los organismos internacionales en un clima de conciliación y no de "shock" como ha sido la tónica en otros países, con consecuencias funestas. Esta es, ciertamente, una buena oportunidad para que los grupos que tienen que levantar la bandera de los más excluidos puedan dar la pelea para alcanzar metas de transformación que puedan minimizar los efectos sociales de estas medidas. Participar en esta instancia política, simplemente, para hacerle el juego al gobierno; o bien, entender la concertación como un mecanismo para legitimar, justificar y facilitar el logro de las medidas de la agenda gubernamental, es, a todas luces, un craso error. La concertación tiene que entenderse como una escuela de construcción de una cultura política nacional en una época cuyas características demandan el concurso y la discusión permanentes de todas las fuerzas activas del país.

2. Emergencia de una cultura planetaria inédita

2.1 La cultura post-moderna

La segunda meta de la globalización: la mundialización de la cultura, es el resultado, especialmente, de la informatización de las comunicaciones. La materialización de este fenómeno cultural ha tenido un efecto real más contundente que la globalización económica. Sus consecuencias se pueden percibir de una manera más clara, a pesar que la conciencia de este hecho está muy lejos, todavía del común de la gente. "Si bien la cultura tiene un carácter planetario —escribe A Nanni— la conciencia sigue siendo preplanetaria"⁴. Muchos autores han denominado a esta cultura como posmodernismo, posindustrialismo, cultura de la fragmentación en una expresión más popular "cultura light"⁵.

El materialismo, el hedonismo, el relativismo, la permisividad y el consumismo son los principales componentes de nuestra actual cultura que están presentes en las fantasías de niños, jóvenes y adultos de finales del siglo XX⁶. El Papa Juan Pablo II en un comentario sobre la "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II, ha indicado, con precaución pero con esperanza a la vez, que los males de nuestra cultura que estaban señalados en este documento, han empeorado en nuestros días en los aspectos indicados. Y es que, en parte, se tiene una excusa o coartada. Todos los augurios de bienestar, satisfacción, igualdad, libertad y fraternidad de todos los seres humanos que la Revolución Francesa, la filosofía idealista alemana, el materialismo histórico marxista, el positivismo sociologista comptiano y las diversas religiones prometían, bajo el criterio de la racionalidad del progreso y la consecución de la plenitud humana (más allá de la libertad y la necesidad, como dirían Hegel y Marx, cada uno desde una óptica específica en la etapa denominada moderna fueron desmentidos por las guerras y genocidios que han estado presentes a lo largo y ancho de este siglo.

El paraíso que a partir de la racionalidad científica se pretendió construir y que se plasmó en las grandes cosmovisiones filosóficas del siglo IX y en los movimientos políticos del XX ha sido, sistemáticamente, desmentido. En efecto, el ser humano había alcanzado a tocar las entrañas mismas de la realidad y a modificarla a su antojo; pero, igualmente, nunca antes los horrores de la destrucción humana y ecológica habían golpeado, tan severamente, los deseos de paz y felicidad de los seres humanos. En lo profundo del corazón humano se anidó la sensación de desgano, desamparo e impotencia que algunas filosofías existencialistas se encargaron de desvelar. Ya S. Freud, a principios

de los años treinta del siglo XX nos llamaba la atención sobre este problema en su obra **El Malestar de la Cultura**.

Por eso, hoy día se piensa que la vida es una y mía, se han satanizado los ideales de redención y felicidad futuras: o somos felices ahora, no importa qué medios debamos emplear en ello, o jamás lo lograremos. Lo que importa, en el contexto de esta cultura light post-moderna es la imagen: cómo me veo, cómo impactó a los otros, qué dicen de mí: el "Mito de Sísifo" luchando denodadamente por vencerse a sí mismo y encontrarle un sentido a la vida, ha dado paso a la imagen de Narciso —la contemplación de sí mismo y la búsqueda de la satisfacción individual en el hoy—. El sentimiento, como criterio de verdad, se ha instaurado, lo real es sentimiento. Soy lo que siento, sentir es vivir.

Como lo plantea muy bien uno de los más connotados historiadores del presente siglo; Eric Hobsbawn, en su Historia del siglo XX, "de la identidad colectiva se pasó a la privatización de la existencia, el triunfo del individuo sobre la sociedad. La atmósfera moral del siglo se rige por una fe en los principios del mercado, el relajamiento sexual, el desvanecimiento de las estructuras sociales y de los sistemas morales que las sustentaba, basado en el trabajo, la confianza mutua, la satisfacción por los propios logros. Esto ha creado, lo expresa duramente, UNA SOCIEDAD DE FORAJIDOS. La sociedad de consumo, la industria del ocio y la publicidad borraron las diferencias entre obras inmortales y cualquier marca de zapatos deportivos. La percepción de la realidad y las experiencias creativas han sido completamente modificadas. Finalmente, ser joven es sinónimo de plenitud, en cierto sentido es la fase culminante del desarrollo humano. La juventud ya no es un periodo de transición entre niñez y adultez; ser joven es una meta, es el estado ideal perfecto. Por eso, la industria del consumo nos ofrece: boutiques de ropa casual, casas de estética, la industria de la cirugía estética, gimnasios, cosméticos de todo y para todos/as, literatura, a raudales, de cómo adelgazar y mantenerse bien, vídeos de aeróbicos, consejos para no envejecer, en fin, lo que se necesita para aparecer y lucir bien"⁷. Ser es, por consiguiente, aparecer, la vida es un "espectáculo", un "show" que mantiene nuestras sensaciones activas y hambrientas de nuevas experiencias cada vez más atrevidas. Esta cultura, que no justificamos pero que coexiste con nosotros, tiene una desesperada coartada: el fracaso de los terrenalismos humanistas de la modernidad dice P. Teilhard de Chardin.

Ante este descalabro del siglo que tanto dolor y desgracias ha desencadenado, los seres humanos de hoy buscan el escape en todo aquello que les garantice el goce y la tranquilidad inmediatos. No más fe en los esquemas de la totalidad ni en los absolutos. ¿Qué queda entonces? Una CULTURA FRAGMENTADA.

2.2 La cultura de la fragmentación: dimensión psicológica y religiosa

En un sujeto que no sabe a qué atenerse, se encubran, fácilmente, la sensación de inseguridad, el desafío de la tradición y la necesidad de alivio. Este sujeto se experimenta "fragmentado y atomizado", pues, no tiene asidero alguno que le satisfaga y, por eso, se halla en inmejorables condiciones para ser presa fácil del consumo de drogas y de los movimientos y corrientes que le augura, aquí y ahora, la paz, el goce y la liberación.

El movimiento de la "New Age" y sus secuelas, como lo dice Antonio Nanni⁸, ha cobrado una importancia inusitada y sus innumerables adeptos proceden de todas las razas, condiciones sociales, signos políticos, religiones. Nunca antes la idea de la unidad total, ser individual y cosmos, materia y espíritu, conciencia del todo (llámese dios, energía universal, alma universal) ha seducido tanto a la humanidad de finales de siglo. El budismo y el hinduismo, religiones orientales que defienden la idea de la unidad total ontológica, han proliferado en las sociedades occidentales de una manera agresiva. Así, la fascinación por el planeta y su sobrevivencia ha alcanzado, en muchos, un carácter casi místico. La idea de la divinidad se ha re-semantizado y re-sacralizado apuntando en direcciones que impliquen la descarga de la responsabilidad personal en tanto que la unidad del todo alivia mi sensación de impotencia. Los interesados en el ocultismo, la astrología, la parasicología, el fenómeno OVNI, las curaciones milagrosas, etc., han proliferado vigorosamente gracias al apoyo económico y publicitario de grupos y organizaciones nacionales e internacionales. Nunca antes se han reproducido tantas sectas religiosas, cristianas o no, algunas cuyos líderes han ejercido un dominio y control tan amplio de sus seguidores, que les han inducido a cometer suicidios colectivos —recuérdese a Jim Nones, David Coresh y la llamada secta "La Puerta del Cielo"—.

Estos movimientos de naturaleza fundamentalista han alcanzado el grado de mayor expresión en el mundo musulmán: basta recordar las atrocidades que a diario se cometen en Algeria en nombre de Alá; también los terroristas suicidas del medio oriente que, con sus acciones, pretenden complacer los mandatos del Corán. Aunque también, y desafortunadamente, se tienen que citar los enfrentamientos entre cristianos, católicos y protestantes en Irlanda del Norte, que tampoco escapan a formas de fundamentalismo específicas de su realidad histórica y social. Un sujeto fragmentado y débil, pues, frente a una cultura que no comprende y cuyos ideales, ya señalados, le sumergen en la inseguridad y la desesperación.

En fin, el intento de disolución de la fragmentación emocional por la carencia de metas definidas, que envuelve la subjetividad del capitalismo de fin

de siglo, postula su fe y esperanza de liberación en el relativismo de la intimidad personal y en el dios dinero que proclama la economía de mercado, como reacción y temor al sufrimiento, aparentemente inútil, de la convivencia salvaje de los hombres y mujeres del siglo XX.

2.3 Cultura de la fragmentación: dimensión epistemológica

No se puede olvidar, además, que esta mundialización cultural implica un cambio en el modo de pensar: hemos pasado de un modo de conocer lineal y causal: demostrativo y analítico (que caracteriza la época moderna) a una forma de pensamiento de interdependencia y circularidad, es decir, preferentemente, holístico y narrativo.

Este paso se puede describir como la transición del modo de conocer que generó la imprenta al modo de conocer que ha producido la computadora y ordenador. El paso del lenguaje escrito al lenguaje digital. Los conceptos de espacio y de tiempo se van a revestir de otras interpretaciones. La metáfora del Ciberespacio puede ayudarnos a acercarnos más a esta idea de pensar el espacio y el tiempo con otras categorías. Con el lenguaje digital, se está en la capacidad de ingresar a un mundo que, aunque se resiste a la conceptualización tradicional forma, abre senderos insospechados para la mente humana; nos referimos al pluri-verso de la realidad virtual.

Gibson nos presenta la siguiente imagen del Ciberespacio, "es una ALUCINACIÓN CONSENSUAL experimentada diariamente por billones de operadores autorizados en cada nación... una representación gráfica de datos abstraídos de las memorias de cada computador en el sistema humano. Complejidad impensable. Líneas de luz que VAGAN EN EL NO LUGAR DE LA MENTE, agrupaciones y constelaciones de datos"⁹. Al ingresar en el espacio cibernético, sin duda, se atraviesa el espejo, como en el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*, esto es, ingresamos en una realidad que no puede ser fijada por la conceptualización racional, sino que se abre a la imaginación creadora, semejante a las experiencias de Alicia. La realidad *real* se hace realidad "virtual".

Estamos en un universo que no responde a los requerimientos de la cotidianidad, ésta queda suspendida. La alucinación es entendida, en términos tradicionales, como una experiencia imaginativa que ha perdido el contacto con la realidad cotidiana. Vivir una alucinación, en este sentido, significa navegar en un mundo que es producto de fuerzas y energías irreales y, en consecuencia, peligrosamente riesgosas, pues, si se persiste en su repetición, si se piensa, sin dilación en alguna forma de patología emocional o mental. Pues bien, el cibernauta es el viajero que, con conciencia o sin ella, al navegar o vagabundear

en el universo de la red mundial informativa, se moviliza y reacciona frente a un misterioso espacio-tiempo que está en el no lugar de la mente. En ese vagar contacta otros personajes que no conoce ni los enfrenta "cara a cara".

Como lo expresa V. Fonseca "el cibernauta oscila entre el anonimato y la construcción de sí mismo"¹⁰. Por eso, Gibson describe el ciberespacio como "una alucinación consensual". El aquí y el ahora ya no son más el aquí y el ahora de la realidad cotidiana, que están fijados por la manera de experimentar nuestro cuerpo, por que la simbiosis usuario-computadora le permite descorporeizarse para trascender las barreras bio-psico-sociales del espacio-tiempo y, de esta manera, sumergirse en un viaje sin destino ni origen, sencillamente, existen en otra dimensión donde el pensamiento es a la vez: plural, analógico, sistémico, interconectado por redes y en el cual la lógica formal tradicional resulta obsoleta. Como lo dice A. Nanni: "en el contexto de esta nueva forma de pensar el pretendidamente principio eterno del Tertium non datur debe ceder al Tertium datur"¹¹.

La sensación de presentidad (vivir aquí y ahora) anula cualquier forma de referencia extratemporal y nos sitúa en un espacio-tiempo que no define las dimensiones ni de la territorialidad ni de la historicidad: si existe en el presente, lo demás no existe. Aunque esta nueva forma de pensar pueda resultar chocante y difícil de aceptar para la gran mayoría de personas, su manifestación se profundiza cada vez con mayor transparencia.

El universo se percibe, en efecto, como pluri-verso desde la dimensión cibernética del espacio, pues, esta realidad virtual no es otra cosa que una Babel de la lengua y la cultura.

Escribe V. Fonseca, muy a propósito de lo anterior, "la realidad virtual de este espacio sin espacio reconfigura también las nociones del límite. Las comunidades virtuales trascienden no sólo las fronteras nacionales o continentales. Más allá de las fronteras entre países se atraviesan los bordes culturales y étnicos. Las comunidades virtuales son transterritoriales pero a su vez translingüísticas y transculturales. El cibernauta se despega de su territorio, de su región para formar parte de una comunidad global"¹².

Nos hemos sumergido, entonces, en una realidad caracterizada por su complejidad y diferencia.

2.4 *Cultura de la fragmentación dimensión socio-cultural*

Tipificamos la cultura actual por una tendencia dominante que privilegia el materialismo, el hedonismo, el relativismo, el permisivismo o el consumismo. Estas notas corresponden a la ideología que subyace a los procesos globalizadores

de las economías. En el apartado 2.1, de manera muy general, se trazan los rasgos de esta manera de encarar la vida cotidiana y se adelantan algunas explicaciones que han dado origen a su existencia. Con esta información, no falta quién afirme que esas tendencias culturales globalizantes por su talante impositivo, deban desembocar en una cosmovisión homogeneizada general. Que en Sudáfrica, Australia, Buenos Aires, Madrid, New York, Indonesia, China, Costa Rica... sus habitantes tengan, potencialmente, acceso a la misma ropa, zapatos, comida, música, deportes, modelos, cine, t.v., etc., puede inducir a concluir que todos estamos estandarizados y unificados en nuestra percepción y aprovechamiento de estas riquezas. A lo sumo, estamos unificados en el apetito del consumo.

La verdad es que en el fondo, todos los habitantes de este planeta experimentan esta cultura planetaria desde su propia realidad histórica y social, y por eso, desde un ángulo completamente privado que incluye su específica exclusión. No es lo mismo que en los lugares y ciudades previamente citadas se ofrezcan esos mismos productos, en virtud de la globalización económica, que la posibilidad de su "disfrute" en cada uno de sus habitantes. No se nos olvide que al pie de la copa del champán está el 80% de la población mundial. Ya se ha planteado: vivimos en un contexto de fragmentación. Un mundo atravesado por las categorías de la complejidad y la diferencia: diferentes naciones, diferentes lenguas, diferentes religiones, diferentes etnias, diferentes espacios, diferentes momentos históricos y diferentes condiciones socioeconómicas.

La cultura "light" nos ha unificado, pero, como se ha señalado, existimos, también, en un mundo fragmentado. Todo atravesado por todo. La idea de una super red o tejido, sin un orden cronológico lineal sino de características pluri-lineales pluri-históricas, en la que los individuos son, simultáneamente, como se dijo en el texto anterior (Globalización: apremios educativos), ciudadanos del mundo pero hijos de la aldea; plantea nuevas exigencias en todos los órdenes, puntualmente, en los procesos éticos y educativos: educar para la mundialidad y para la comunidad particular en el contexto de una ética que tenga como norte la "reciprocidad".

Existimos, por lo tanto, "globalmente", ciudadanos atentos a la mundialidad y, a la vez, ensimismados en la particularidad. "Lo indudable — escribe Luis F. Vílchez — es que la sociedad actual como conjunto y ciudadano singularmente les resulta especialmente difícil hacer las síntesis entre lo común y lo particular, la pertenencia de la aldea global sin ausentarse de la propia, enfocar los problemas con el gran angular sin olvidar los matices cercanos, tener comparación del biafreño lejano y no cerrarse a que un norteafricano venga a disputar aquí un puesto de trabajo"¹³. La dificultad de hacer esa síntesis estriba en que,

de pronto, estamos en otra época y, aún, no hemos cobrado conciencia de las dimensiones de sus efectos en nuestras vidas.

Ante este panorama y sus desafíos, tenemos que impulsar una reflexión seria y continuada para elevar los procesos educativos a la altura de la civilización actual y diseñar una ética clara que nos permita socavar los nuevos ídolos y vivificar las promesas de Jesús en el evangelio.

3. Educación y ética en el contexto de la cultura de la fragmentación

La educación y la ética suelen encontrarse cuando se busca una re-fundamentación teleológica de los procesos educativos. La cuestión de "educar para qué" apunta, principalmente, en una dirección axiológica. La excelencia o *areté* que en la Grecia clásica se entendía como el esfuerzo de toda una sociedad por hacer de sus ciudadanos los mejores en todos los órdenes, representaba el cúmulo de virtudes o valores más preciados entre los griegos. Educar no es sólo dotar de instrumentos para la acción sino, también, construir una forma específica de humanidad. Esta construcción se consigue en el tanto que haya un norte de valores apetecibles de distinto orden, pero sobre todo, de carácter ético. ¿Qué significa, por tanto, hoy educar para qué? En esencia, educar, en el ahora del cambiante hoy, es el proceso de la formación humana desde la reciprocidad y la diferencia.

3.1 La educación

En el documento *Globalización: apremios educativos*, se hicieron, entre otros, los siguientes comentarios: a. La educación alcanza una inusitada importancia en el contexto de la nueva modalidad capitalista puesto que se requiere de un trabajador intelectual y no manual como lo había sido en el capitalismo industrial; b. Se necesita una reforma educativa que modifique sustancialmente la aproximación epistemológica en función de una manera de pensar y conocer diferente. Hay que reflexionar en torno a generar las condiciones apropiadas para hacer del aprendizaje el eje principal del quehacer educativo; c. Abrir el sistema educativo, tradicionalmente, centralizado a mecanismos de descentralización y desconcentración administrativa y académica que faculten para llevar a la práctica experiencias cada vez más innovadoras y particulares; d. Desde el punto de vista político-ideológico, la escuela debe ser el centro de articulación entre los diferentes espacios sociales que viabilice la convivencia democrática a tenor de las exigencias de la nueva época; servir de puente en el mundo fragmentado de los individuos y su realidad

social. Esta tarea, psico-social, se torna, sin duda, en uno de los retos más sensibles de los procesos educativos de hoy.

Ahora bien, se tiene que adjuntar, a lo anterior, la idea que estos apremios son posibles si y solo si contamos con una visión filosófico-teleológica de los procesos educativos. Los cambios educativos no se pueden plantear o sugerir sin un conjunto de grandes metas claramente diseñadas y, simultáneamente flexibles, que orienten y alimenten los procesos mundiales y locales permanentemente. Así, la idea de qué tipo de ser humano y de sociedad buscamos construir es una necesidad ineludible so pena de caer en la trampa del pragmatismo propio de nuestras actuales sociedades. Se requiere, por consiguiente, de una visión antropológica y axiológica que, originada en la presente situación del capitalismo de fin de siglo, permitan cohesionar una teoría educativa capaz de moverse en el tejido mundial y local con su complejidad y diferencias e intuir el camino que debemos recorrer.

Por sus previsiones el modelo de la Educación permanente puede regirse en una adecuada infraestructura educativa que viabilice esta urgencia. Costa Rica, por ejemplo, mantiene un conjunto de fines educativos, inspirados en los valores más preciados de la década del 50 del siglo XX, que ameritan ser revisados y re-contextualizados en el marco de la etapa actual de desarrollo de la humanidad. Esta es una tarea impostergable, pese a los obstáculos de orden político-partidista que han abortado los esfuerzos de algunos gobiernos.

La constitución, pues, de unos fines educativos, acordes con el momento histórico que hemos caracterizado, tiene una doble función: la de establecer una coherencia científico-educacional flexible y la de cristalizar una concepción antropológica-axiológica que sea el norte que nos oriente en medio de la complejidad de las diferencias que vivimos. En concreto, la elaboración de estos fines, flexibles y temporales, hace posible una concepción educativa coherente en todas sus líneas: las metas generales, la normativa pedagógica, la fundamentación teórica de esta normativa, las estrategias metodológicas y las aplicaciones cotidianas, esto es, una teoría educativa integral. Y, en segundo lugar, visibiliza una expresión normativa del ser humano —su gran deber ser— en el contexto de la cultura de la fragmentación, que nos coloca, además, de cara con los problemas de la ética.

Esta normativa general se tiene que deducir, según nuestra opinión, de una concepción del otro y de su cultura local, a saber, desde una actitud, filosófico-teleológica de percibir al "otro" como "alteridad que me construye".

3.2 La ética

Como se ha subrayado, la globalidad de la vida presente nos ha sumido en una percepción que desconfía de las concepciones totalizantes y comprometedoras y nos ha sumergido en una visión de fragmentación que nos ha hecho débiles, inseguros e inciertos. Esta situación tiene que asumirse en todos sus extremos. La categoría de las diferencias ha sido la fuente de contradicciones insalvables entre los seres humanos de este planeta, sobre todo, a lo largo y ancho del siglo XX. Diferencias étnicas, religiosas, histórico-lingüísticas, sexuales, tribales, sociales y económicas, se han confabulado para urdir la más horrendas formas de exterminio cultural y ecológico.

Con el grito de "tolerancia" que se ha dejado escuchar en distintas regiones del planeta se abre un primer paso para hacer de las diferencias una fuente de entendimiento y convivencia. En efecto, desde los años 70, grupos de diversa procedencia: étnica, religiosa, sexual, social, política, académica, se han trazado la meta de luchar por objetivos alternativos. Alternativo significa algo distinto a lo que se tiene. En este sentido, estos grupos, conformados por personas de todos los colores y sabores, se han propuesto defender a quienes están en mayor desventaja o han sido víctimas de la desigualdad e injusticia: "movimiento de los derechos humanos, movimiento del bienestar social, movimiento anti-bélico, movimientos feministas, movimiento de defensa del consumidor, movimiento de defensa del medio ambiente y grupos de autoayuda psicológico-terapéutica"¹⁴.

Todos estos movimientos coinciden en dos propósitos: defender a los oprimidos y ofrecer una salida alternativa de la vida por caminos diferentes. Esta meta se la han planteado, en su mayoría, por los conflictos y la oposición. El resultado de estos esfuerzos ha sido variable. Muchos grupos se han mantenido y muchos otros se han ido quedando en el camino. En el caso de los últimos, la apelación a la confrontación les ha dejado en condiciones adversas con respecto a los poderes centrales de las distintas sociedades. La proclamación de las denuncias, sin embargo, subsiste todavía como conquista y justificación de su lucha. Quizás en la mayoría de los casos, su debilidad ha estado en la ausencia de una adecuada comprensión del momento histórico (se adolece de una crítica social sólida) y en el desmedido deseo de regresar a una utopía romántico-naturalista.

La invitación a reivindicar la tolerancia como mecanismo de solución alternativa a la cultura posmoderna, presente en los movimientos citados, si bien es un paso importante y señero, aparte que rescata aspectos positivos de la diferencia, es insuficiente en la medida que mantienen una actitud de "respétame

y te respetaré, no me toques y no te tocaré", con lo cual las diferencias permanecen como un componente cultural irreconciliable. Urge ir más allá.

No basta la tesis liberal del "dejar hacer y dejar pasar", se necesita una posición antropológica más agresiva y que, además, se origine en la misma complejidad diferente de nuestro mundo globalizado. Nos referimos a la categoría de la "reciprocidad". Este acercamiento conceptual inicia la fundamentación de un proyecto antropológico educativo y ético que redimensiona los fines educativos vigentes y nos sitúa en el horizonte de la co-vivencia traspasadas por la necesidad de encontrar en el "otro/a" las aguas refrescantes de la fraternidad independientemente de las diferencias culturales o religiosas. La persona, el otro/a como el centro de acción y reflexión personal y comunitario. "La reciprocidad, escribe la madre Antonia Colombo, permite atravesar las diferencias para construir consensos, acogida, valoración del otro y mejores posibilidades de vida. La reciprocidad aparece en nuestro tiempo—continúa— como un ser "con" otro, un ser "para" otro y un ser "gracias" a otro"¹⁵. El otro/a como mi diferente pero, a la vez, como mi nascente: aquel desde el cual encuentro el sentido de la existencia.

El enriquecimiento personal y comunitario que se puede obtener en ese diálogo con los otros en y desde su misma diversidad, posibilita la comprensión, el servicio, el respeto, la tolerancia y, en particular, la apertura al amor como forma globalizadora de convivencia humana. Este ideal, sin duda, está amenazado y torpedeado por las desigualdades en el goce de calidad de vida de los habitantes del planeta. La exclusión, lo reiteramos, nos golpea a diario. Los nacionalismos étnicos, también, han irrumpido en el panorama mundial y no estamos exentos, tampoco, de fundamentalismos políticos y religiosos. De tal suerte que nuestra mirada tropieza a diario con las distintas formas peculiares de la violencia que se manifiesta en todos los escondrijos de la vida humana personal, comunitaria y mundial. El objetivo de una educación y, especialmente, de una ética amparada y cobijada bajo el principio de la reciprocidad como única opción para salvar al ser humano y al planeta, no sólo se avizora en un lejano horizonte sino que, ante la inminencia de los hechos, parece una utopía sin esperanza de realización. Ciertamente, el camino es largo y extenuante.

La descentración en el otro/a demanda un proceso constante de auto de-construcción-construcción que nos acerque progresivamente a dar el paso de un "humanismo egológico a un humanismo alterológico"¹⁶. La salida al encuentro del otro/a como personas invitadas al goce de la vida desde su localidad, y mundializados por una cultura relativista e inmediateista, es una convocatoria al diálogo que se torna una exigencia e imperativo de la etnicidad y la educabilidad. En una feliz proposición, P. Freire decía, "somos en la medida que dejemos

que los otros sean". Salir, entonces, al encuentro de los otros como otros y como pares a la vez, garantiza una convivencia que ofrece las condiciones para el crecimiento y enriquecimiento mutuo y nos alivia la pesada carga de compartir, como especie, el reto de sobrevivir en un planeta que, a principios del siglo XXI, nos está cobrando la factura de haber instaurado el principio del egoísmo como el motor de la vida.

No hay otra salida: o generamos acciones de reciprocidad, solidaridad activa, empatías colectivas y ecumenismo en el campo religioso o la humanidad puede ver comprometido su fin como especie. El camino de rescate de los valores fundamentales está, como se ha sugerido, lleno de piedras y escollos de toda índole. Los cristianos sabemos que la historia del Pueblo de Dios también ha estado sembrada de minas: ha sido permanentemente un éxodo, un caminar hacia la tierra prometida, un ir en pos de la promesa.

Y en la consecución de esa promesa se fortalece, día a día, la fe y la esperanza. Pese a todo, Dios está con nosotros. Aunque los indicadores que hemos comentado y los síntomas de la cultura actual con sus secuelas solo huelen a desastre e invitan al derrotismo y el pesimismo; la verdad es que la promesa de Jesús, Hijo de Dios, nos invita a seguir trajinando, a ser nómadas y peregrinos, a vivir el éxodo dentro de un mundo humano inmisericorde y egoísta. Y que, en el presente siempre cambiante, nuestro éxodo se perfila en el forcejeo de-constructivo de nuestra subjetividad fragmentada y en el vigor por construir el encuentro con el otro/a, no para someterlo o subyugarlo, sino para, "gracias a ellos/as", alcanzar juntos grados de liberación cada vez más cualitativos dentro de la abirragada gama de diferencias que nos asedian.

En síntesis, los procesos educativos y la ética que queremos defender en la globalización económica y en la mundialización de las culturas, debe inspirarse en la búsqueda del otro/a como mi alter-ego, es decir, en el principio filosófico-teológico de la reciprocidad como forma de navegar, con sentido, en un planeta atravesado por las diferencias.

NOTAS

1. Cordero, G. *Globalización: apremios educativos*. *Revista Praxis* 53, 1999. Págs. 241-250.
2. Toffler, A. y H. **El exceso de integración puede ser demoleedor**. *La Nación*. 1998, abril 5. San José, Costa Rica. En este ensayo periodístico. Alvin y Heidi Toffler, hacen un análisis de los últimos acontecimientos en la economía mundial. Afirman que el riesgo de la sobreintegración es muy alto, pues, significa poner en peligro todo el sistema global. A título de ejemplo indica que la crisis de una economía pequeña como Tailandia ha dejado a la mayor parte de Asia en condiciones de franco deterioro e implicado una reacción de reacomodo económico mundial.
3. Recientemente el presidente Cardozo ha anunciado medidas de emergencia para detener las cercanas amenazas de recesión que tienden a ampliar más la brecha social en Brasil.
4. Nanni, A. **Tendenze culturali emergenti nel mondo di oggi**. Ponencia presentada en el XX Congreso de la Congregación de María Auxiliadora en Italia, 1997. Pág. 15.
5. Beens, F. **El reto de la cultura actual**. Publicaciones E.C.U. 1996, Panamá. El autor hace un examen de las características de la cultura actual que engloba con el concepto de *light*. Puede, también, consultarse el libro de Enrique Rojas, **El hombre light, una vida sin valores**, Madrid, 1992.
6. **Ídem**. Págs. 40-58.
7. Hosbawn, E. **Historia del siglo XX**. Editorial Crítica, 1997. Barcelona, España. Los textos de la cita son espigados de un reportaje que Yasmín Ross elaboró para el periódico *La Nación* del día 9-1-97.
8. Nanni, A. **Op. Cit.**, pág. 21.
9. Fonseca, V. *¿Nos llevan las nuevas tecnologías a un neohumanismo?* Artículo escrito para el libro **Culturas, Identidades y Ciberespacio**. Editorial de la Universidad Nacional. 1998. Heredia, Costa Rica, pág. 317. La autora toma la cita del libro de Gibson, W, *Neuromancer*. Ace Books, New York, 1984, pág. 51.
10. **Ídem**. Pág. 318.
11. Nanni, A. **Op. Cit.**, pág. 17. *El Tertium non datur* es la tercera ley de la lógica clásica, junto con el *Principio de Identidad* y el *Principio de Contradicción*, que se consideran suficientes y necesarios para que el pensar discurra por carriles "exactos". Este principio significa que un enunciado o es verdadero o es falso, no cabe una tercera posibilidad. Ahora bien, con el modo de pensar propio de la realidad virtual no se está en capacidad de defender este principio, pues, la realidad se torna, como se dijo, reticente a la idea de espacio y tiempo tradicionales.
12. Fonseca, V. **Op. Cit.**, págs. 319-320.
13. Vélchez, L.F. *Fragmentación social y estilos de vida*. En **Vida Religiosa**, Vol. 84, 1998. Anzos, S.L. Madrid, España, pág. 245.
14. Kung H. **¿Vida Eterna?** Ediciones Cristiandad, Madrid, 1982. Pág. 305. Desde una visión cristiana, H. Kung, enfrenta las causas y síntomas de la cultura actual y valora los esfuerzos de grupos alternativos en la búsqueda de una solución. La alternatividad como salida, en opinión del autor, queda muy corta, pues el problema central está soterrado en la profundidad de la insatisfacción que arrastra el ser humano contemporáneo. Una correcta actitud de apertura dialógica con Jesús, imagen viva del Dios eterno, despeja el camino para una correcta y definitiva salida.
15. Colombo M.A. *La Profecía a la que está llamada la educación salesiana hoy*. Documento presentado en el Capítulo General del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora de setiembre de 1995. Pág. 3.
16. Nanni, A. **Op. Cit.**, pág. 23.